

vo; el poema no se inscribe en el presente, no crea una huella de materialidad. Lo definitivo está en otro lugar que se identifica con el pasado. Y aquí está la oposición temática— significativa de la poesía de Orozco: el poema es transitorio, relativo, mientras que el tema (en este caso la noche) es permanencia, globalidad. Esta dialéctica tiene resolución feliz, como dijimos, en el tono del poema, en la especial cadencia envolvente del ritmo. El verso largo, casi elegíaco, homologa las cosas del mundo, en una poesía donde prima el artificio de equilibrar la sintaxis y no de descubrir la palabra. La palabra de Olga Orozco está encarnada, viene de otro tiempo. No necesita el estallido significativo para seducir visualmente al lector. El lector participa del poema aceptando una realidad que, como en la fotografía, ya ocurrió. Tal es la realidad de la noche.

Eduardo Milán

Un delirio lusitano

Hace algún tiempo nos referíamos a un libro del poeta Francisco Cervantes que lleva el título de *Cantado para nadie*. Con él su autor obtuvo el premio "Xavier Villaurrutia" para la mejor obra poética publicada en el año de 1982. Decíamos entonces que el nombre de ese volumen, *Cantado para nadie*, acaso haría referencia a la situación del poeta ante la sordera de la sociedad contemporánea, donde apenas unos pocos parecen interesados en atender la hondura, a la vez confidencial y reticente, de una poesía en la que lo entrañable aparece muchas veces confundido con lo enigmático. Y subrayando la esencial soledad de esta poesía añadíamos que en raras ocasiones, como ante los poemas de Cervantes, nos conmueve una lectura en la que extrañamente se juntan la gravedad y el ardor de una fiebre lúcida. El aire meditativo en que se desenvuelven sus palabras, su extraordinaria sobriedad, la sabiduría del lenguaje, su concreta y misteriosa sustancia, están poniendo de presente la evidencia de una creación realmente valiosa.

▲ Francisco Cervantes: *Aulaga en la maralta*. México, 1983.

El nombre de Francisco Cervantes, que hasta entonces era apenas conocido en México y en pequeños círculos hispanoamericanos interesados en el actual desarrollo de la poesía de nuestra lengua, con el otorgamiento de ese premio ha llegado a alcanzar justificado y amplio prestigio. Se advierte en las composiciones de Cervantes una voz nueva, original, sin reconocibles antecedentes, dueña de una dicción propia. Y fundadora, por si lo anterior no bastase, de un personalísimo universo poético. Nos da la impresión de que ello ha estimulado en gran manera al poeta: su trabajo ha venido enriqueciéndose en los últimos meses con diversos textos. Entre éstos podemos mencionar la selección, prólogo y traducción que ha hecho del portugués José Regio, nacido en 1901 y muerto en 1960; unos poemas de homenaje al maestro del cine Ingmar Bergman y, recientemente, las composiciones que, en diciembre de 1983, dio a conocer en una "plaquette" con el título de *Aulaga en la maralta*. Estas últimas vuelven a dar testimonio de su pasión por la lírica galaico portuguesa. Cervantes no se ha contentado con ser excelente traductor de poetas portugueses modernos, como Fernando Pessoa y José Regio, sino que ha querido recoger la herencia de trovadores provenzales en cancioneros de la Edad Media. Todo ello ha dado ocasión a que se hable del "delirio lusitano" como atmósfera constante de su mundo poético.

Refiriéndose a este amor se ha hecho notar que él ha llevado al poeta a escribir "desde otra época y aún desde otra lengua", empleando a menudo la portuguesa, también la galaico-portuguesa, y retrocediendo a la vez en el tiempo varios siglos. Al comentar la aparición de *Cantado para nadie* dijo el crítico peruano José Miguel Oviedo: "Verdadero *trovar clus*, esta poesía de Francisco Cervantes, sin duda uno de los poetas más desconcertantes de México, nace de la indiferencia por el lenguaje de este tiempo y de su fascinación con una tradición retórica remota y con el mundo histórico-legendario que la sustentó. Aunque desde el principio estuvo tratando de recrear la atmósfera de los cantares de gesta, ahora esta obsesión ha alcanzado una precisión y un fervor totales: el sueño de Cervantes tiene la forma de la poesía galaico-portuguesa y alienta los ideales lusitanos del medievo". Cierra su nota

el ensayista peruano señalando: "Difícil hallar en nuestro tiempo un poeta cuyas visiones sean tan remotas, tan idealizadas. Los románticos adoraron el medievo y la poesía de los trovadores; que alguien lo haga ahora es insólito, aparte de significar otra cosa. Aunque no siempre comprendo el gesto, en ningún momento creo que la de Cervantes es mera retórica artificiosa: él cree firmemente en el mundo que sueña. Sabe que su viaje no tiene destino, pero ¿qué recurso le queda sino hacerlo? '¿A dónde regresar si sólo evocas?', se pregunta a sí mismo."

Esa pasión vuelve a aparecer ahora en los poemas de *Aulaga en la maralta*, materializada en una expresión luminosa de punzante melancolía. Y como antecedente de esta fuga a otra época y a otro idioma merecería recordarse que, por ejemplo, los trovadores españoles componían en gallego-portugués, una lengua que no era la suya propia dada por la geografía y por la historia. Y que tampoco los trovadores catalanes utilizaron su habla sino la provenzal. Repitamos que lo extraordinario es que en nuestros años un poeta nada desinteresado de la agitación contemporánea, como Francisco Cervantes, sea capaz de vivir experiencias semejantes:

El amor dijo, ¿lloras?
Nunca veré otra vez
esta luz sobre la tierra, respondí.
Ni aquí mismo siquiera...
(Perdonad la coincidencia) Era en
Queluz,

cerca al menos, a la entrada.
El sol se concretaba
en morena, mora suavidad, oh, la
tersura
Comimos allí un ritual de platos y
bebimos
por una unión que fuese placentera.
Había un testigo y mis saudades
me desoían pero no yo a ellas.
...
El Tajo aún corría en secreto
cuando los párpados me internaron
en mis sombras,
no siempre oscuras ni dolientes.
Las calles de Lisboa, la Avenida de la
Libertad,
la Plaza de los Restauradores, todo
vuelve a mí con la dulzura
un poco triste de aquello que nos es
indispensable
y no se tiene.
¿Qué soy, quién o quiénes
que no me reconozco en alguien?
Doy letra y voz que no aguardé

a las ciudades y seres que me habitan
 porque son en mí lo que me dieron y no pierdo.
 Vivir hoy no me niega haber vivido
 y el libro de horas que existencia tiene en mí
 es un objeto vivo en su conjunto,
 aunque sólo sentido halle en quien lo hojea o lee,
 cuando se da ese encuentro milagroso y diario,
 acaso oculto en su misterio a vistas.

En los poemas que integran *Aulaga en la maralta* podrá advertirse que es la de Francisco Cervantes una de las voces más personales de la poesía hispanoamericana contemporánea. Debería añadirse que también una de las más originales. Siendo diferente y ajena a una cierta común retórica, visible en temas, formas y lenguaje, que por momentos parece abrumar, empujándola, a una extensa zona de los poemas que, tanto en nuestro continente como en España, se escriben hoy en castellano. Bien lo dice José Miguel

Oviedo en las palabras que de él hemos citado: Cervantes habla muchas veces desde otra época y aún desde otra lengua, como situándose fuera de nuestra edad, apasionado de un mundo en el que lo histórico se confunde con lo legendario. Y aún si el poeta se enfrenta a las presencias actuales, aquellas con las que en la calle convivimos a diario, también un resplandor pretérito parece circundarlas con un nimbo de idealización y lejanía:

Lugares de reunión
 lo fueron todos,
 aquella noche que, semidesnuda,
 del balcón me despedías, esperando
 que tu conmovedora hermosura me
 hiciera regresar al lecho tuyo.
 Yo supe verlos como eran:
 desérticos, miserables, dolorosos
 ya sin tí.
 Pero Lisboa, Lisboa siempre fue más
 bella que tú misma,
 más bella que el destino y que su
 historia.

Fernando Charry Lara



Francisco Cervantes

Vértigos argumentales

Me propongo leer un moralista de la otra América. La geografía en este caso nos abruma de ecos, y tanto, que casi borra la fuerza del sustantivo "moralista". Porque ¿cómo un dedicado a escurriñar las borrosas motivaciones humanas, sus lemas declarados y escondidos, las duras virtudes, y las otras, las generosas máscaras del propio interés, puede venir de un paisaje teórico que imaginamos hecho de ingenuidad audaz, espíritu deportivo y discreta lucidez analítica? Quien lea el libro *La muerte en cuestión* podrá responder esta pregunta. Thomas Nagel aborda los problemas más tradicionales —la muerte, el absurdo, la suerte moral, la guerra... — y otros que no lo son tanto — la perversión sexual, la crueldad en la vida pública, las relaciones entre la ética y la biología... — y lo hace con lucidez y penetración, devolviendo frescura al trato con esas dificultades; incluso les descubre aspectos inusitados.

La tradición analítica procura al comienzo —entre los años 30 y los 60— neutralidad frente a sus objetos de estudio: en moral elucida el uso de palabras seleccionadas por su papel tenido como central en el lenguaje normativo, digamos, "bueno", "malo", "deber", "poder", para luego dedicarse a aplicar esos análisis a ejemplos muy simples (a veces, más bien, simplemente alarmantes). Detrás de esas austeridades —de esos aburrimientos— no sólo había teorías falsas sobre el lenguaje y la moralidad, sino también una enfática ausencia de experiencias que no fuesen eso que Alejandro Rossi acertadamente llamó el "Laberinto de los profesores", laberinto que no se puede romper más que desde afuera: desde la investigación científica, y en general, desde la atención minuciosa a las complejas, y a menudo trágicas, prácticas en que nos debatimos cotidianamente. En torno al Círculo de Viena, la filosofía analítica nació de una ruptura teórica con ese laberinto: de una sustitución de las teorías de la ciencia-ficción hegeliana, por teorías de las ciencias reales. A su vez, para los jóvenes norteamericanos de los 60, pisar el césped si uno está apurado o usar la alberca si hay sequía, de-

▲ Thomas Nagel: *La muerte en cuestión. Ensayos sobre la vida humana*. FCE, México, 1981.